



PERSONAJES DE LA SIERRA TEPEHUANA

DOÑA FELIPA TOMÁS GALINDO. UNA PIONERA ENTRE LAS MUJERES DE SAN BERNARDINO DE MILPILLAS

Chantal Cramausse¹

1. Investigadora de El Colegio de Michoacán.

Foto: Gerardo Bañales, junio de 2014.



Foto: Gerardo Bañales, junio de 2014.



Doña Felipa nació en 1930 en San Bernardino de Milpillas Chico, municipio de Pueblo Nuevo, en la Sierra Tepehuana, de donde sus padres eran también originarios. Su infancia en ese lugar, que estaba entonces a cuatro días a pie de la ciudad de Durango, fue muy difícil, ya que quedó huérfana muy pequeña. A su padre se lo llevaron los cristeros a la fuerza poco tiempo después de que ella viera la luz y nadie volvió a saber de él. Con su madre tuvo que huir a la barranca para escapar del conflicto armado que los poblanos llaman «la revolución» y que duró hasta los años cuarenta. Fue en las quebradas donde se habían refugiado que la chiquilla recibió el bautizo. Pero su madre falleció cuando Felipa tenía apenas siete años de edad; la crió entonces un hermano mayor y su cuñada. Entonces era muy difícil obtener comida y con qué vestirse; «los huerfanitos tenemos mucho sufrimiento» —dice—. Eran en total cinco hermanos, pero sólo conoció al hermano que la recogió y a una hermana. No tenía otros parientes que la auxiliaran.

Se sentía desamparada y, para remediar su situación, a los 12 años se casó por lo civil con un joven cinco años mayor que ella. Cuatro años después la pareja contrajo matrimonio en la iglesia cuando ya tenía dos hijos. A los 15 años tuvo a su primera hija, que murió de tosferina a la edad de apenas un año. Luego fue madre de 15 hijos más, de los cuales sobreviven actualmente 12. Aprendió a curarlos con «puras hierbas» cuando se enfermaban y les embarraba el cuerpo con cal para contrarrestar resfríos y problemas respiratorios, pero nada pudo hacer contra la tosferina para salvar a su hija mayor. También falleció después un hijo suyo a quien mataron en un pleito entre borrachos ya en la edad adulta. Otra niña se ahogó con un frijol a los dos años y un hijo más murió de leucemia a los 17 años. Doña Felipa dejó de tener familia a los 48 años.

Tuvo la suerte de que en los primeros años su suegro la apoyara mucho; era comunero (es decir, que recibía utilidades de la empresa forestal) y muy católico. Y ella también se ayudaba cosiendo la ropa de sus hijos con la tela de ropa usada que le



Foto: Gerardo Bañales, junio de 2014.



Foto: Gerardo Bañales, junio de 2014.

regalaban. Ahora –dice– «todos quieren la ropa a la medida y no saben servirse de una aguja». Aprendió sola el español al convivir con personas que ya no hablaban el tepehuán, y es ahora totalmente bilingüe. Trece de sus hijos estudiaron cuando menos hasta cuarto de primaria, porque en Milpillas no se podía seguir más adelante, y todos se casaron. Tiene en la actualidad muchos descendientes; puede acordarse de unos 70 nietos, pero tiene seguramente muchos más bisnietos, ya que su hija Juana tuvo 12 hijos y es abuela de 32 niños. Casi todos los hijos de doña Felipa, menos dos, viven en la ciudad de Durango, pero se unieron en matrimonio con personas originarias también de Milpillas.

En los primeros tres partos, doña Porfiria Pusteco Murga, de La Cumbre, le ayudó a dar a luz, pero después «se alivió sola»; únicamente pedía que le dieran tijeras. Y como no había partera ni en San Bernardino de Milpillas ni en El Llano, decidió ejercer ese oficio. Al igual que doña Porfiria, desde muy joven aprendió con la práctica, de manera autodidacta: «Diosito le enseñó y le dio licencia para todo esto». Hasta que, en 1990, la enfermera de la clínica que se había abierto en Milpillas supo de ella y la mandó a Durango para que tomara cursos para parteras. En la capital estatal, ya titulada como partera, trabajó en Salubridad, en el hospital de la localidad y en el Seguro Social, por más de un año en total. Son muchos los cursos que ha llevado desde aquel entonces, con

las parteras y los parteros (en esa región también ejercen ese oficio los hombres). Conoció así parte de la república; viajó a Tlaxcala y Mazatlán. Su esposo siempre la apoyó, e incluso cuando tenía que salir a tomar cursos le daba permiso porque sabía que «era orden del gobierno». Ahora él tiene casi 90 años y llevan en total más de sesenta años de vida común.

Doña Felipa ayudó a nacer a más de 200 niños en El Llano y en Milpillas pero no ha contado con exactitud todos los alumbramientos en los que trabajó de partera. Ahora, a sus 84 años, se siente cansada y se acuerda de las muchas desveladas que tuvo que aguantar, pues la mayor parte de las mujeres da a luz de noche. Se ufana de no haber tenido nunca problemas; todos los bebés nacieron vivos y sus madres se aliviaron sin mayores problemas. Pero no todos los niños lograron llegar a la edad adulta, ya que la mortalidad infantil era alta, puesto que cuando comenzó a practicar el oficio no se habían introducido las vacunas; éstas llegaron después. De hecho, afectaban mucho las epidemias; la gente de Milpillas se acuerda en particular de una severa epidemia de tifo que transmitía un piojo blanco y que mató a muchas personas. Contra el tifo no había vacuna, pero a partir de mediados del siglo xx, en la ciudad, se aplicaba DDT a las personas infectadas para matar los piojos. Tampoco llegaba a Milpillas la vacuna contra la viruela, a pesar de haber sido propagada ésta desde 1804 en las principales ciudades de la Nueva España y haber sido declarada obligatoria a finales del porfiriato, en el estado de Durango.

Felipa Tomás Galindo memorizaba con mucha facilidad todas las enseñanzas que recibía en la capital estatal porque no había aprendido a leer ni a escribir, ya que no había escuela en Milpillas en su infancia. Quizá por esta razón desarrolló una memoria extraordinaria; cuando los demás estudiantes letrados tenían que revisar sus notas para asimilar el contenido de los cursos, ella descansaba porque todo lo tenía ya aprendido. Actualmente sustituye a la enfermera de la clínica cuando ésta se ausenta. Mucha es la gente que la va a consultar; cobra sólo diez pesos y el costo de las medicinas que administra. Conoce el nombre de todos los medicamentos y también, desde luego, las dosis que debe recetar en cada caso. Ya no tiene buena vista pero sabe inyectar intramusculares «con los ojos cerrados»; sin embargo, no aplica inyecciones intravenosas, y cuando se da cuenta de problemas de salud

2. Al *cochiste* también lo llaman «mal del sueño». Se manifiesta cuando el enfermo tiene un sueño excesivo; se ha equiparado con un desgano vital.



Foto: Gerardo Bañales, junio de 2014.

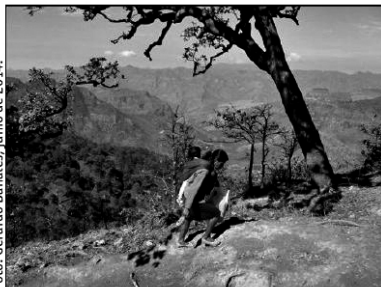


Foto: Gerardo Bañales, junio de 2014.

mayores, que tienen que ver, por ejemplo, con la presión, manda a los pacientes a la ciudad de Durango para que consulten a un médico. Tampoco se atreve a hacer cesáreas. Doña Felipa también sabe sobar y «acomoda quebraduras» con mucha facilidad.

En la ciudad de Durango compra las medicinas que necesita y se asombran en la farmacia en la que se surte de que las pueda administrar sin saber leer. De hecho, fuera del personal de la clínica, fue la primera en introducir la medicina moderna en Milpillas, donde se desconocían las «pastillas». No tuvo problemas con los curanderos tradicionales, a los que más bien ayudaba, y que curan a los niños del *cochiste*² y alivian de males para los cuales los médicos no dan remedio; pero sí con los franciscanos del convento local, cuando comenzó a proporcionar anticonceptivos a las mujeres que así lo deseaban. Pronto la píldora reemplazó a la ruda con mezcal, que servía anteriormente de medio abortivo. La gente comenzó a tener menos familia, además de que tiende a casarse de más edad. Ahora, también tiene acceso a una mejor educación, pues Milpillas cuenta hoy con kínder, primaria, secundaria, telebachillerato y un albergue de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. Varios son ya los profesionistas oriundos de la comunidad egresados de la Universidad Pedagógica, de la Universidad Juárez del Estado de Durango o del Tecnológico.

Estas transformaciones radicales de la vida cotidiana en Milpillas las ha vivido y las recuerda doña Felipa Galindo, una mujer ejemplar que supo enfrentar la adversidad desde pequeña y que de adulta logró abrirse camino en un mundo todavía domina-

do por hombres, donde todos los cargos políticos y religiosos los ocupan los varones. Aunque pasen por la escuela, el destino de la mayor parte de las mujeres es casarse, criar a sus hijos y atenderlos, así como a su esposo. Doña Felipa cumplió con este cometido al mismo tiempo que obtuvo estudios formales como partera; fue, sin duda, una pionera entre las mujeres de San Bernardino de Milpillas. En la actualidad, la situación de la mujer, aunque todavía tradicional por el papel que desempeña en la sociedad, ha cambiado, sin duda. La autoridad del padre de familia ya no es absoluta, las familias no son tan grandes y hay cada vez más mujeres profesionistas.

Cramausse, Chantal. 2014. "Personajes de la sierra tepehuana. Doña Felipa Tomás Galindo. Una pionera entre las mujeres de San Bernardino de Milpillas." *Revista de Historia de la Universidad Juárez del Estado de Durango* 6: 11--17.